SOLANA: EL GRAN ESTAFADO

POR

MANUEL SANCHEZ CAMARGO

En la carrera de relevos que los literatos hemos hecho cerca del gran pintor, aquel que nos devolvió la tradición española, que no es nunca la nacida en la afrancesada Academia de Felipe V, ni en la pragmática de Mengs, a mí me correspondió asistir a la etapa más soledosa y triste de la vida del artista. Lejos estaban los días de «Pombo», presididos por el admirado Ramón, las tertulias en la librería de Valdor, las excursiones por la Castilla irredenta y el pequeño gran mundo del pintor: Le conocí por el año 40, solitario y lejano en su mirador a las terrazas de Toledo, en la compañía de su hermano y escudero, Manuel, y casi de nadie más. Habían pasado los días de invitar a sus amigos a los extraños menús de una merluza y una botella de anís por cabeza, de cantar ópera dando el dó cadavérico y de recitar los versos de Calderón sobre el honor, cosa que, como buen hidalgo que era, le tenía muy con cuidado siempre y en cada hora...

Eran los años de soledad en los que únicamente pintaba y pintaba, y empezaba tristemente a meditar, como a fin de cuentas hace siempre el alma española, desde Carlos V en Yuste a Jovellanos en el destierro. En él se cumplían aquellos versos de Lope de Vega, quien tras hacer risueña semblanza de los nacidos en diferentes países europeos, al llegar a nosotros decía: «¡Y los españoles siempre sufriendo, hasta la muerte!»

Solana, que era un español amigo del pintor del bisonte de Altamira y hermano de Indíbil y Mandonio, en la época de nuestra, para mí, inestimable amistad, sufría al recordar el gran desfile y procesión de su vida... Se pasaba las horas muertas sentado en el balcón de su casa, viendo deslizarse el sol en las casas de enfrente; observando la mujer que lavaba, la postura ante el espejo del hombre que se hace la corbata antes de salir, la gran cena familiar bajo la ancha lámpara del comedor, la disputa del matrimonio, los trajines inmediatos a la hora del sueño... Cuando salía lo hacía a la hora del crepúsculo. Un paseo por el cercano reducto de Vallecas, la compra de unas sardinas para la gata, la humilde cena, y la encendida luz para seguir la pista de la pintura y del hombre... Algún cuadro, he presenciado entonces, cómo era vendido por 300 pesetas. Pero esto poco importaba; tan poco, que también el año antes de morir he sido testigo de cómo

no recibía al embajador de Francia, que deseaba adquirir cuatro lienzos, porque no quiso levantarse de su silla... Poco importaban los precios, pues el artista no pintaba para vender, sino por un mandato ineludible. Alguna vez, ante un lienzo particular resumía su satisfacción, diciendo: «Mucho tiene que viajar este cuadro; aunque yo no lo veré.» Y así fué. Mucho han viajado los cuadros.

Estamos ante Solana, pintor y escritor, y otra vez estamos ante el dolor y la muerte. Nos encontramos en la entraña del hombre y de su paisaje y, partiendo de ella, en grito universal, en alarido que lanza el pintor, consciente de una misión transcendental. Estamos ante problemas decisivos, y ahora la pintura no sirve para el hallazgo sensible, ni para la decoración, ni siquiera para seguir la ruta de las búsquedas de un iluminado plástico a lo Cézanne, a lo Regoyos o a lo Van Gogh; nos hallamos en una encrucijada definitiva en donde la pintura se ha superado a sí misma para convertirse en una letanía agobiadora del paso del hombre por una tierra calcinada. En una frase muy repetida, Solana afirmaba: «Hay que procurar que los hombres sean buenos...» Y el pintor se hizo a última hora anacoreta. No era posible ser portador de mensaje tan alto y seguir en el arte un camino únicamente estético; había que aparejar lo uno y lo otro y ser distinto, no parecerse a nadie y convertir la importante profesión de pintor en plástico avisador de *Misereres,* con la conciencia alerta, y comprender bien la llamada cotidiana de la angustia. En este quehacer no cabe ni el truco, ni tampoco la ilusión literaria. Y la obra surge gigantesca, arrolladora, pues grande era el punto de partida. Un desfile ininterrumpido pasa como una galería de prototipos que llevan en su signo carpetovetónico un acento tan humano, tan fuerte y tan hondo, que se hace universal.

Los cuadros pueden constituir en los vaivenes de las teorías —Muller, Freinfelds, Christiansen—, ejemplo de ejercitar el análisis, la clasificación, la interpretación, etc. Puede hacer verdad hasta las afirmaciones de Birkhoff para la determinación objetiva del valor de lo bello en ciertas formas sencillas o brutales, que llegan a serlo por un proceso durísimo e inevitablemente genial, apartado incluso de la voluntad y del pensamiento.

Solana se explica como escritor cuando nos dice: «es más valiosa la historia desdichada con pelos y señales de una anciana que vive en la miseria que un libro de estilo muy cuidado. Uno lo cree así (afirma el pintor), porque la vieja puede decir a lo mejor cosas interesantes de lo que ve, de lo que le pasa, de penas y dolores. Tiene experiencia y ha sufrido, y el libro, por muy cuidado que esté, dice sólo mentiras y adornos, que son cosas que no interesan...».

Para Solana no existían —no podían existir, conociendo los accidentes de su infancia y de su vida— el jardín, el mes de mayo, la esperanza o el amor... Sus escritos, llenos de aparente desaliño, obedecen a una construcción maravillosa. Son grandes lienzos explicados en toda su dimensión... Su obra literaria es el resultado de sus conversaciones en los barrios bajos con los miserables que llevan días sin comer; con él acudimos a las salas de los hospitales, a las romerías de pueblo, a las riñas de gallos, a las casas de mal dormir, a los desolladeros, a los prostíbulos, a los cementerios, a los mataderos de cerdos, a las humildes academias de baile, a plazas de toros, bajo cielos cárdenos, a tertulias de mendigos y tullidos, a un extraño mundo al que él se acerca de verdad y no con la curiosidad de quien está en un orden social superior y se queda sólo con la anécdota... Solana rescata a una humanidad con su gancho de trapero genial... He aquí algunos de sus protagonistas: los ciegos de los romances, los relatores de crímenes y regicidios, los peluqueros al aire libre de las rondas de Toledo, las chozas de la Alhóndiga, los infrahumanos que viven entre inmundicias..., los que mueren en la soledad de las salas del Hospital Provincial, los que son descuartizados en los depósitos de cadáveres... Solana en sus escritos es el hombre cabal, entero, artista genial. Es el hombre completo, sin caracteres morbosos de ninguna especie. Es el hombre de bien que escribe creyendo que realiza una buena obra, casi de misericordia... Por eso deambula por los cementerios abandonados, por los descampados del campo del Tío Mereje, en esos domingos en los cuales la tristeza parece deslizarse por las calles de las ciudades, y en cuyas horas los patios de vecindad parecen grandes recipientes donde el sol se hunde, escurriéndose por las persianas y visillos que tapan los domicilios vacíos...

Llega al espíritu por el camino de la carne, en la gran teoría no práctica del amor, y en cada hombre adivina y constata su mal físico, su tara y su horror. Utiliza la ínfima sinceridad para sujetarnos a la verdad de su mundo, del que ha sido oteador y sepulturero. Solana escritor se siente el gran policía que tiene que dar cuenta de sus recorridos en una Comisaría imaginaria... Ninguno de sus personajes vive en sus libros la menor alegría; los descubre cuando están desheredados o en su momento más triste y vergonzoso, hasta en la putrefacción... En *La España negra* (como un ejemplo, entre tantos, que demuestran su don de observación) nos dice viendo la agonía de un hombre en un hospital de pueblo: «Este morirá vestido, colgando su cabeza del respaldo de la silla y sosteniéndose sentado con las piernas estiradas y apoyado con las puntas de los pies.» Y así fué. Estuvo presenciando el

trance hasta que todo sucedió puntualmente... En los libros —decía— no se puede mentir.

Solana escritor es un lago solitario que necesita el paso del tiempo para su completa definición. Sus obras pueden quedar como explicación de sus cuadros. A Solana le haría un gran placer decirnos desde un sitio escondido el porqué de sus lienzos recitándonos páginas de sus libros..., que son sinopsis de vidas, garabatos trágicos, vistos con la mirada de un moribundo, de alguien que está harto de conocer los intríngulis, los saltos mortales y el final de las flores... Solana no utiliza jamás discursos ni consideraciones, sino la escueta referencia ce por be hasta calar en la raíz del alarido. Sus páginas, conjunto de escalofríos, son para leerlas cuando sabemos que algo que hemos amado mucho no volverá jamás...

Los libros de Solana tienen la sapiencia que posee el hombre que se ha ahorcado en todas las sogas...

Solana escritor es el académico de una academia universal, en la que se encuentra solo y sin medalla...

En la pintura contemporánea el pintor madrileño representó lo que en determinada época fué la aparición del románico. Su composición aparece como arbitraria sin serlo, porque obedece no a una pintura premeditada, sino a una pintura sorprendida y captada sin que todo lo que sea mentira en la definición y en la expresión no haya sido eliminado, y esta eliminación se ha hecho sabiamente, sin pensar en lo que había que quitar, sino pensando en lo único que había que poner. Al igual que lo dicho para la composición podíamos afirmar sobre la luz, que en su distribución puede adolecer de oscuridad, porque las tonalidades sombrías son empleadas cuando son imprescindibles y el efecto es utilizado en el sitio justo. La luz, que en muchos pintores es un elemento aparte con el que juegan y con el que envuelven intentos fallidos o esconden defectos, haciendo de su habilidad en la copia motivo primero, en Solana es lo que debe ser: un color y un sentido más que disponer en la arquitectura y en el argumento pictórico. Solana cree con Regoyos que España con luz solar es impintable, y por eso espera a que el crepúsculo, el cirio y la luz artificial le den los efectos complementarios.

Cada cuadro de Solana revela hasta el minuto en que le hizo y el estado emocional de su espíritu. Cuando ante sus naturalezas y bodegones detenemos los pasos nos figuramos su regusto humano, de gran hombre primitivo, presenciando el espectáculo de las carnes abiertas y jugosas, glotonas, y las verdes verduras frescas de rocío junto a los utensilios para su preparación, puestos con una satisfacción y una amplia carcajada que constituye la más exuberante imagen del hombre,

y al lado de esas muestras bestiales y magníficas, en su presencia y profundidad, se nos puede ofrecer el canto espiritual de los monjes que en procesiones o delante del compañero muerto, bajo la figura de un Cristo espectral y sangrante, nos hablan de la miseria del cuerpo. Ningún pintor ni escritor ha tratado tan a «lo macho» los más diversos y hondos problemas de la vida y de la muerte como Solana. Ninguno como él, españolísimamente, ha presentado al ánimo un panorama más descubierto, más desnudo y más real. Sus cuadros no son elaboraciones intelectuales, aunque surgen luego arrolladoras como consecuencia, ni tienen preocupaciones pequeñas. Son grandes y monumentales ideas, como su vocabulario, sin engaños ni tapujos; como el hombre que da un empujón a una puerta y ve sorprendidos a todos los que halla detrás de ella. Solana es el pintor que más cortinas ha levantado. No ha hecho sólo cuadros, sino un gran cartelón donde las estampas se corresponden perfectamente, como esos de los crímenes delante de los cuales, queramos o no, tenemos que contemplar una verdad ocurrida. El paisaje ideal y lleno de hondas sugerencias de sus lienzos o de sus libros es así porque no hay nada que sea mentira ni nada que esté previamente amañado. Todo se obliga a sentimientos y problemas universales.

Solana es el precursor de unas generaciones que tras él podían equivocarse para caer en tremendismos o existencialismos. Es el ejemplo vivo de cómo el artista tiene que hacer de sí mismo entrega absoluta, sin otra esperanza que reflejar la verdad presentida y sentida para, superando significaciones, dejar que el gran edificio emocional y plástico de su propia y sincera angustia quede como paradigma de un estado de pureza.

Es el artista que jamás se engañó a sí mismo y nunca doblegó su pincel.

Solana ha podido enseñar la pintura como si hubiera recibido los secretos de los talleres españoles del XVI y del XVII, como un discípulo de Pedro Cuevas. Hacía los cuadros, sabiendo que entonces eran «invendibles», porque tenía la obligación de cumplir con un destino y no podían ser de otra manera, a no ser torciendo el rumbo. La gran diferencia con los demás artistas era que para él la pintura no constituía un medio, sino un fin. Su gran preocupación plástica fué que no quedaran en los lienzos espacios vacíos, ni en la tela, ni en el interior, y de ahí su odio al impresionismo y su amor, buen amor, por la obra de Brueghel; uno de los pintores decía que pintaba «lo que de verdad ocurría en la vida». El realismo español —jamás el aparencialismo academizante— tiene en él al mejor intérprete, al gran amigo de Valdés Leal, con quien tanto le hubiera gustado platicar y comentar juntos el *Tratado*

de la vanidad, de Miguel de Mañara, de aquel gran soberbio que aspiraba a lo más difícil: a ser el mayor pecador del mundo.

Solana, como pintor y como escritor, se confunde con la medula de España en la expresión pictórica y literaria. Con él podemos comprender mejor el *Tratado de la agonía,* del maestro Vanegas; con él son más fáciles de entender los trancos de Quevedo y también *La providencia de Dios* y hasta la *Política de Dios, gobierno de Cristo,* con él tienen vigencia desde el Arcipreste, aquel triste trotador de vericuetos que de sí mismo decía que era hombre de mano en mejilla, por tanto, pensativo, y que lloraba amarguras en la cárcel toledana, lugar tan ligado siempre a nuestra gran literatura... Con Solana es más fácil entender el *Quijote,* que él leía en voz alta, alternando su lectura con *El alcalde de Zalamea,* que, según el pintor, era un tío de pies a cabeza. Con Solana podemos recorrer España y casi adivinar cómo era el hombre primitivo. Solana resumía toda una historia en su obra y hasta en una sola de sus figuras.

La vida le pesaba a Solana sobre sus anchos hombros macizos, bien hechos a recibir cargas desde niño. Por eso en muchos de sus cuadros los personajes son cargadores, bien de muertas reses apretujadas y sanguinolentas, bien de pellejos de vino, bien de otras mercancías. El pintor admiraba mucho a los carreteros de tierra de Guadalajara. Los conoció mucho, y a uno de ellos, que se hizo una herida grande en un dedo, le vió sacar la navaja y darse un limpio corte, tirar al suelo el miembro cortado y arrear luego a las mulas, a las sufridas mulas cargadas con sacos de cebollas o de legumbres, por caminos de Trijueque o de Jadraque. Refería el episodio entusiasmado.

No hay pintor más asceta ni hombre con más cilicios que Solana. Su pintura tenía propósito de expiación avisadora de enmiendas; si pintaba era porque había que poner en evidencia la existencia de aquellos hombres, de los que nadie sabía nunca nada; de las mujeres partidas en trozos para ejercicios de disección, de los enfermos desahuciados y sin remisión posible; había que retratar «Máscaras» y máscaras en plena vigencia vital del hombre, reunidas en torno del señuelo de una bota de vino, donde el hombre se halla en su verdadero rostro; de ahí la gran razón de los carnavales de Solana, que gustaba perseguir a las últimas máscaras de los Caños del Peral, de la Pradera, a esas que se quedaban viviendo su verdadera vida, que era la que ellos habían inventado al fin y a la postre, a su gusto y manera. Y surge una humanidad atroz, borracha de apetitos desenfrenados. Si queremos saber la filiación de quien empina una bota de vino, del que tiene careta de animal, de las destrozonas, de todos y cada uno de los que forman las composiciones, acudamos a los libros del artista. Veremos cómo en

Madrid, escenas y costumbres, está su ficha completa. Ha retratado no máscaras, sino hombres en plena desnudez de cuerpo y de alma. Allí sabremos sus nombres, sus violaciones, el porqué de sus extraños disfraces. Todo aparece mondo y lirondo, sin tapujos en su punto preciso; en su punto y en su aparte.

Solana en su obra, tanto plástica como literaria, nos lleva al gran juego de la vida y de la muerte, al único juego posible y serio al que se puede dedicar el hombre, procurando que uno no vaya separado del otro. No hay ningún lienzo salido de la mano del pintor, del gran apologista de la mala suerte, que no esté ya previamente muerto y disecado, museal, desde las flores de sus tristes «floreros» a todas las mujeres y hombres que fué eligiendo en su misión de penitente por los rincones y basureros de la vida. Frente a Solana no tienen disculpa los desmayos ni los aspavientos; es la pintura o la literatura precisa para que el alma de palcto que todos tenemos se quede contenta y satisfecha, porque acaso es la más exigente de nuestro ser. Solana se convierte en el registrador de los fracasos, en notario de las desolaciones. El quiere que nadie se llame a engaño y que exista la posibilidad de que le digan que ha engañado. La humanidad que presenta esta fenecida sin ocasiones de salvación. Sólo hay desesperanza; pero no aquella «desesperanza serena» que, según Alfredo de Vigny, al fin francés, consideraba el estado ideal del hombre, sino la gran desesperanza sin necesidad y con estremecimiento de saber que se escaparon las redenciones. Su obra es la gran terraza de la desesperación. Todos los modelos, viejos, mujeres, hombres, niños, máscaras, bodegones, están destinados al pudridero. Su obra es un buen aviso para los pobres que suben peldaño a peldaño las salas del gran hospital de la caridad.

Quien pintaba con los redaños del alma tenía que ser un estafado en el concierto de la pintura de su tiempo. No se podía transigir con quien había ilustrado los misereres y las letanías; con quien, por fin, había entrado a puñetazos en la gran historia de la pintura; con quien tenía que hablar con el Greco o Zurbarán para entenderse, o con Baltasar Gracián, aquel que en el púlpito leía cartas a sus feligreses recibidas desde el infierno, o con el autor de las *Coplas del Provincial* o, en última instancia, con aquellos que con los carteles del crimen a cuestas van abriendo los ojos a los vecinos de pueblos y aldeas, que al par que ven el mal fin de los pecadores y asesinos oyen aleluyas con música del romance de Don Gaiferos.

La bestial honradez del mensaje de Solana tenía que ser ignorada y él un estafado, al igual que lo fué en la literatura. Se le escatimó en vida gloria, estimación, dinero, aprecio, lugar y sitio. Se le estafó la fama que se le debía. Murió entre cuatro velas y entre cuatro personas.

Su cuerpo marchó, cerca de la amanecida, por la verbena de San Juan camino de su casa; pasó entre los tiovivos, el tenderete de la mala o buena suerte y el escaparate de la mujer barbuda y del niño de dos cabezas..., y al día siguiente entre sus fieles amigos, pocos, muy pocos, su cuerpo bajó a la tierra, mientras el sol se ocultaba por el desolado horizonte de las Ventas. Su herencia al mundo: cuadros y libros. Nada más... Bueno, sí; algunos objetos: viejas tallas de viejos Cristos, antiguos relojes, un fanal con el feto de un niño, una trompeta, algún muñeco de cera... Poca cosa. Volvieron al sitio de origen: el Rastro. Con esta circunstancia todo quedaba en perfecto orden en la vida y en la muerte de don José Gutiérrez Solana.

Manuel Sánchez Camargo
Miguel Angel, 2
MADRID